

SOÑANDO ENCONTRÓ EL MITO, VIO AL CAZADOR, Y FINALMENTE DESEMBARCÓ EN ISLAS FRAGANTES

POR ISABEL QUIÑONES

*entre vanidades vino y en la oscuridad se
va mientras su nombre queda oculto en las tinieblas*

Eclesiastés 6,4

Cuando miríadas de mariposas cubran
con sueño las pequeñas flores
sus alas nítidas serán,
antes parvadas amarillas;
quebradizos cardúmenes desplazan
la frescura de sus alas
y aletearán tornasoladas,
cuando el azul casi se pose en la pupila.
¡Monarcas! Lo real espeso,
mas un párpado azulmente emerge,
y se zambulle ¡libre!
Hundir las fosas en los sedosos pliegues del emperador,
planear en la penumbra
impulsado por la brisa
sentir los pliegues blandos
de las alas que se abren:
¡Libre! Y una boca musitando soy,
Soy ondulante, y soy y soy.
Mucho antes,
en una acera mercaderes orientales pusieron amuletos:
ámbar, ágata, amatista,
pendientes de cordones bermellón y carmelita:
en ámbar los círculos perfectos me contaron que juzgaban.
Y esa era una leyenda.
Los cordones enfriarían la mano que tocara;
calcularían, prolongándose como un pequeño
y fresco falo.
Así que juzgarían:
y casi sin sentir, regresaría el corazón hasta su carne,
y luego, el entibiado fósil iría trayendo sus penas, sus
culpas, su querencia.
Mas sólo en prenda deberían recibirse tales amuletos ¡Qué
si rescataban!
Entonces, los chinos susurraron: Te dicen a dónde perteneces.
Así creen en la tierra.

Mas antes vi un corazón de madera,
iba carnosamente convirtiéndose, pulpando en rojo, y lo
besé, lo fui comiendo.
Flores de aguamarina no de turquesa jaspeada, detallan la
inflorescencia, hortensias mínimas,
Rosas de corales rojos, y rojas flores de un día crecían
desde mis palmas, sin aroma ¡tornando mi nariz tan suave!
¿Látigos de seda? Bastones con piel encordelados
disfrazaban sus puntas con mechones.
Pero no aquí, aquí no habría ninguno que pasara.
¡Quietos sobre túmulos de flores!
Cabelleras de seda, ¿látigos?
Los chinos merodeaban, pero aún pude mirar:
Dos muñecas con las piernas rotas. Que predicen.
Una se inclina y me dice sí, ¡sí!
¡Corre! Sobre el laberinto hay una tierra, hay un refugio.
En el laberinto las paredes son húmedas, hasta las jaulas,
¿dormir aquí? Yo no lo haría, Aunque la jaula esté apenas
techada.
Sí, me dijo un fauno: sentir la lluvia. Yo no dormiría en
una jaula.
Moja la red de bugambilias. Desenjaula, nunca la muerte
perfecto engaño cumple.
Es buena la humedad, herrumbra.
Y entonces. los jadeos de un puma perseguido. Pero huimos.
Revivir era nacer en otra jaula.
Mas antes aún, algo se movió frente a mi cara.
Alzó leñoso rostro, antes inmóvil sobre las ramas que él mismo
había cortado;
levantó su cabeza cervical, su astada melancolía, liebre me
observó, y estremecían sus ojos los ladridos.
Lo vi temblar, frutal entre las varas. Andaban cerca los
verdugos, con látigos de seda,
con voces querían atraparnos, con ensalmos
¡Blancos cardúmenes, al aire! Alas amarillas.
¡Monarcas azules, en el aire!
Ondulantes amarillos ¡Vamos desplegados!
y voy entre los vientos,
curvándome en el Soy, y soy no siendo, Soy.